## Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

| | | | | B | R |
|---|---|---|---|---|---|
| | | | | 4 | 0 |
| 6 | 7 | 1 | 0 | 0 | 1 |
| 8 | 5 | 0 | 2 | 1 | 1 |
| 3 | 9 | 4 | 5 | 1 | 0 |
| 7 | 4 | 1 | 5 | 1 | 0 |
| 8 | 3 | 5 | 4 | 0 | 1 |
| 1 | 6 | 0 | 7 | 0 | 1 |

SOLUCION / Pág. 4

**EL IMBECIL POZO DE LA NOCHE**

**LA OXIDACION**

Página/2/3



# Vera /12

# SERENO

*(Por Laura Rozenberg)* Cada mañana, el hombre regresa cansado y se sienta en la mecedora. El hombre se llama Jaime, aunque todos le dicen don. Cada mañana, Jaime descansa un rato, piensa un poco y después se inclina. Estira con dificultad su brazo izquierdo y saca el tejido de la canasta que está en el suelo. Hace bastante tiempo que Jaime comenzó a tejer. Por ahora, todo lo que hizo cuelga de ese par de agujas plateadas: algo más que un cuadrado, casi un rectángulo de fina lana azul. Siempre que se sienta ahí, Jaime saca el tejido y lo apoya entre las piernas. Lo tapa con las manos, casi se diría que lo protege, y levanta la cabeza, no demasiado, como para meditar. Y mira: deja que sus ojos claros vaguen por la sala de paredes altas y blancas. A él nunca le gustó obligar. Tiene el bigote torcido. Un lado siempre le crece más que el otro. Así es que mientras mira, hace muecas. Levanta el labio inferior y juguetea con el costado largo del bigote. Se le cae la baba; hace un esfuerzo por aspirarla. Alza las agujas a la altura del pecho y observa el rectángulo tejido: en teoría, no hay tejido sin huecos. Sin huecos, piensa, no habría arte. El tejido es: tejido más huecos. Jaime se acuerda de unas esculturas que vio en algún lugar hace mucho tiempo. Espacios limitados por alambres casi invisibles; el enorme espacio como escultura. A veces piensa que va a seguir tejiendo. Pero lo que verdaderamente le complace es permanecer así sentado con el tejido entre las manos. Hay algo especial; acaso él es especial en un detalle: pocos hombres en el mundo permanecen sentados sin tejer, con el tejido entre las manos. Una mariquita de San Antonio le hace cosquillas en el pulgar; cruza la muñeca y desaparece por el túnel profundo de la manga oscura.

Don Jaime tiene el saco puesto porque ha sido convidado a un casamiento y a un velorio. En el mismo piso, esta noche una vecina parte en matrimonio y un vecino, ayer, ha muerto. La sala crece en tamaño y blancura. Y su corazón se agranda a la par. ¿Quién puede comprenderlo?: ahora siente inmensos deseos de repartir espacio. Pero nada hace suponer que Jaime piensa lo que piensa ahora. El sigue inmóvil en la misma posición, con las manos cubriendo apenas el tejido. De a ratos, su cabeza cae pesada hacia adelante y de inmediato se vuelve a enderezar, como si la tironearan ligeramente desde atrás. De pronto se siente profundamente abochornado. Está rodeado de mundo y el mundo encoge sin causa. Un efecto indeseable. El mundo se le pega al cuerpo, como una piel delgada y transparente. Ya no hay manera de verlo más. Su vista traspasa el mundo y Jaime se ve a sí mismo de espaldas, en la penumbra del galpón vacío, donde trabaja de sereno por las noches. Se oyen pisadas en el techo. Un ruido áspero, continuo. El ruido desaloja el aire de la sala. Se dilata, desciende sobre Jaime. Si no lo hubiese escuchado; pero ya es tarde. Desde ahora no habrá nada más importante que ese ruido. Arriba, muy alto, la gente sigue en pie. Jaime espera a los vecinos; por eso se ha dejado puesto el saco. Después que salgan del velorio, después que visiten a Nené, la casadera. Jaime dejó la puerta abierta. Ha quedado expuesto, lo pueden reprobar. No tiene café, no tiene sillas que ofrecer. Sin quererlo, hará que todos se vayan pronto. El tiempo es un detalle que a don Jaime se le escapa.



# EL IMBECIL POZO DE LA NOCHE

Por Aníbal Ford

*"¡Ah, el horror!"*
*Conrad*

El carpintero picotea la grasa depositada sobre la plancha negra, quebrada, de hierro fundido. La plancha está apoyada sobre los ladrillos, en parte desmoronados, de la parrilla. En el otro rincón observa su pareja, como si estuviera actuando de campana. La parrilla está al lado de una vieja casuarina de la cual, colgadas de clavos grandes y herrumbrados, penden una pala y una parrillita suplementaria para los días en que caen los amigos y hay que agrandar el fuego. Abajo, sobre su tronco, al lado del machete, están apoyados, esperando algún uso, los caños de aluminio de la antena de TV, ya desarmada, que tiró la tormenta. En la isla todo se recicla. A un costado, debajo de la parrilla está la bolsa de carbón. Uno de los posibles usos de los caños de la antena es hacer una traba para que el carbón no se vaya flotando en algunas de las frecuentes crecidas provocadas por el viento Sudeste.

Todo esto puede ser observado con detenimiento. Incluso ser puesto en relación con otros conjuntos similares: las diferentes parrillas de la isla, su topografía, su ubicación con respecto a los árboles, los pájaros que se posan sobre ellas para picotear los restos de comida, los objetos que se acumulan en su entorno, las figuras que forman el revoque o los ladrillos quebrados por el fuego.

Un detenimiento, una minuciosidad, que ya no es posible en la percepción de esa luz que el misil expande, implosivamente, sobre la arena y que genera un día total en medio de la noche del desierto. Luz blanca que hace que por un instante, ya no captado por la visión, los hombres que corren, los tanques, las arenas se inmovilicen, en puro blanco, no iluminados sino despidiendo ellos mismos la luz, incandescentes, en el imbécil pozo de la noche. Pero este instante no existe porque la luz es y volatiliza al mismo tiempo y nadie puede narrar una muerte que no se ve venir y que no deja taparse los ojos, agarrarse los huevos o levantar los puños. Hubo siempre estas muertes, pero ahora son más frecuentes.

Si el carpintero ignora o no estas historias es una pregunta formal, reiterada, inútil. Pero el hecho de que en estas pampas haya ido perdiendo sus destrezas y costumbres verticales, su posición arquetípica, nórdica, y que a veces se siente en el pasto como una gallina ponedora, observando y picoteando el suelo con precisión hacia la presa, implica un largo recorrido, un tedioso ajuste a la sobrevivencia. El tipo de tiempo, inmanejable, que tal vez necesite la especie para poder percibir una imagen en menos de una décima de segundo o para soportar una cantidad mayor a los ocho o diez bits que procesa en ese mismo tiempo. Sin recurrir a instrumentos que la ayuden a desagregar ese instante y poder captar, o vivir, ya tarde, lo que realmente sucedió. Es decir: para ser capaz de discriminar las etapas de volatilización y tener tiempo de arrepentirse, de recordar, de dirigirse a alguien, de encomendarse. Como lo pudo hacer el Manduví antes de que, por una mujer oscura, incomprensible, lo bajaran a machetazos del otro lado del río. Pero la luz, es cierto, tampoco permite que alguien vea morir a alguien. La foto, la cadena, la palabra, el collar, el mensaje, entregados en el umbral, podrían ser residuos. No hay umbrales.

Espanta este tiempo que se brinda blando, no administrado, para detenerse y focalizar los movimientos del carpintero o para estudiar los posibles usos de los restos de la antena de TV o el entorno de la parrilla. Que se extiende en los secretos del patchwork del plumaje, en el diseño del pico de tres filos, en sus costumbres, repetidamente testimoniadas, de anunciar la muerte, o en las razones de ese desgano con que en ciertos momentos, respondiendo a una memoria involuntaria y desordenada, picotea en forma vertical el tronco de la casuarina, la mora o los postes de la primera sección. O también: para razonar la ligereza y maleabilidad del aluminio, sus bondades para el trabajo en frío o la extrusión, sus variadas formas en las líneas de producción, la historia química e industrial de sus aleaciones, su número fatídico en la tabla periódica.

Se podría indagar qué relación hay entre ese vértigo o pozo muerto que produce la focalización de un pájaro, de una planta, de un objeto, las posibilidades de su infinita desagregación, y esa luz que volatiliza hombres y arenas, que los inmoviliza e identifica, sin llegar a percibirlos, sólo en su presencia blanca, no iluminados sino despidiendo ellos mismos la luz. Y hasta conjeturar si ambos no son la misma cosa, alfa y omega. Pero esto ha sido, desde antiguo, una sucia coartada.

Más aun. Si esa imagen o presencia de los hombres, los tanques, las arenas, luminosos, incandescentes, no se presentara con tanta insistencia, absolutamente ajena a las indagaciones anteriores —esa costumbre de aparear contrarios o de conformar conjuntos arbitrarios, es decir de intentar darle sentido a esta empecinada tiniebla—, tal vez el que observa el picoteo intranquilo del carpintero sobre la parrilla podría dejarse llevar por memorias, fragmentos involuntarios que afloran desde alguna rutina o afán ordenador. Pero no es así y es por eso que se obturan y desplazan los relatos de su madre. Ella, con la persiana apenas entreabierta, a las dos de la mañana, que observa las luces sobre el empedrado de una calle de Viena o de Budapest y que oye el paso de los percherones hasta que los carros de la Cruz Roja entran bajo la luz de los faroles, con los cadáveres amontonados en sus cajas. Ella, con el pañuelo impregnado en colonia apretado contra el rostro, que ve los carros que vienen del frente entrar furtivamente a la ciudad.

Es idiota pensar que el carpintero tenga alguna clave. Observarlo con detención buscando una señal. En el trayecto de la focalización hay momentos en que el carpintero, la parrilla, la antena de TV, la grasa sobre el círculo de hierro fundido, la casuarina, el machete e incluso la visión del que observa desde una ventana carecen absolutamente de sentido. En que son sólo formas arbitrarias, incomprensibles. Claro, salvo ese instante en que se vuelven blancos, absolutamente blancos, incandescentes, que despiden una luz poderosa y tremendamente fugaz en sus distinciones. Que no da tiempo para ver, por ejemplo, cómo el carpintero aparece o se muestra, inmovilizado, en esas luces enceguecedoras que despiden sus fuertes garras, el pachtwork de su plumaje, su pico de tres filos. Ya polvo blanco, inexistente. Sin sombra.




Aníbal Ford es profesor en Letras. Después de "Sumbosa" (publicado por Rodolfo Walsh) escribió una novela, "Ramos generales", que terminó dramatizada en un circo del interior, y "Los diferentes ruidos del agua". Trabajó en Eudeba, en el Centro Editor, fue jefe de redacción de "Crisis" y columnista en "La Opinión cultural" y "El Porteño". Publicó diversos volúmenes de ensayos: "Homero Manzi", "Medios de comunicación" y "Cultura popular", "Desde la orilla de la ciencia", "Federalismo y comunicación", entre otros. Sus últimos trabajos sobre comunicación y c[...] próximo libro: "El[...] Fletero, viajero, d[...] una fábrica, Aníb[...] profesor titular de[...] Literatura en Filo[...] director surgido p[...] carrera de Cienc[...] donde actualmen[...] continuación se p[...] inéditos. "El imbe[...] fue escrito hace u[...] del Golfo en una [...] oxidación" es un[...] formará parte de[...]

# EN EL PRINCIPIO

POR RODRIGO FRESÁN

Sólo diré que —la mañana gris en que el cazador de santos abandonó la Santa Ciudad del Vaticano en busca de su improbable redención— las venerables palomas parecían sufrir la más poderosa y bíblica de las cóleras y que, quizás intuyendo la gravedad de su pecado descargaron, sin piedad alguna, su furia sobre el cazador de santos como si en ello les fueran todas las plumas.

Así, las palomas de la Piazza San Pedro se cagaron olímpicamente en él del mismo modo en que lo había hecho el cardinale Tominno hacía apenas quince minutos.

Entonces el cazador de santos avanzó entre turistas y aberraciones de la naturaleza; entre monjas y japoneses; entre latas vacías de bebidas cancerígenas; entre pañuelos de papel bordados de rouge, entre jeringas contagiosas; entre puestos de parafernalia sacra atendidos por sicarios del pecado; entre dos hileras de mogólicos que venían desde, ah, tan lejos a babearse bajo un Miguel Angel restituido a sus colores más brillantes.

Avanzó sin mirar atrás recordando aquello de Lot, aquello de Orfeo; sabiéndose maldito y sabiendo que hasta la última paloma de la Santa Ciudad del Vaticano conocía su condición y aleteaba sobre el inequívoco resplandor que despedía su estigma. Unas gotas de soberbia brillaron en su frente. ¿Qué saben todos de nada? Poco. El cazador de santos no puede evitar entonces miradas furtivas a diestra y siniestra:

Aquí, detrás de esa loza, descansa la sagrada Orden de los Padres Bailarines: un grupo de sacerdotes que huyó a Hollywood a actuar en coreografías vertiginosas. Murieron todos, una pesada noche de La Brea, algo que ver con Ben "Bugsy" Siegel.

Allá se alza, disimulada por un altar recargado de puñales, la tintorería de santos sudarios.

Y, del otro lado, bajo la nave central, en una cajita de madera lustrada, están presos los restos mortales de Nuetro Señor Jesucristo. Medía un metro cincuenta y le gustaban las adivinanzas griegas y el curry.

Pero no hay *fumatta bianca questa matina*, no hay nada importante por estos lados, las posibilidades de milagro son nulas según el pronóstico meteorológico del diario local y el cazador de santos va de salida, el cazador de santos va a entrar en el mundo.

El cazador de santos recoje un papel del suelo y lee un fragmento de una entrevista a un conocido director de cine:

*No conozco la cura para la enfermedad de las imágenes, pero creo en el poder curativo de las palabras y las historias. Las historias son el modo en que creamos un orden, y una historia con final feliz está, de algún modo, relacionada con la Biblia. He descubierto que las historias existen más allá de las herramientas que las cuentan y ahora creo que mi inicial resistencia a filmar películas que cuenten historias ha sido reemplazada por el firme impulso de zambullirme de lleno en ellas.*

El cazador de santos siempre quizo ser escritor. Pero su madre le impuso el sacerdocio como si lo obligara a vestirse de marinerito por toda la eternidad.

El cazador de santos piensa en su madre, piensa en la virgen Virginia. Tal vez hayan oído hablar de ella. Virginia supo ser famosa cuando más allá de su aplasia vaginal —condición que implica la imposibilidad de concebir un ser humano— dio a luz, virgen a los quince años, a este hombre que, cabizbajo, surca como un cuchillo la sucursal del paraíso en la tierra. La verdad —suele ocurrir— siempre es otra y siempre es mucho más asombrosa que un milagro: quien por entonces era su novio descubrió a Virginia practicándole una fellatio a su mejor amigo y la apuñaló en el estómago. Los médicos piensan que lo que ocurrió fue que el esperma accedió a sus órganos reproductivos bailando a través del tracto gastrointestinal. *Tracto* significa también "versículo que se suele cantar antes del Evangelio". Todo cierra y en su momento salió un artículo en *The Lancet*. Con fotos. Aleluya.

Tal fue la génesis del cazador de santos y —los días en que se encuentra de mejor humor— no puede evitar la idea de que su trabajo en el Departamento de Verificación de Santos, después de todo, no está tan alejado del oficio de escritor: los procesos de canonización y la investigación sacra persiguen, de algún modo, los mismos objetivos que la literatura: legitimizar lo improbable, certificar lo maravilloso, contar una buena historia. Amén.

La sonrisa del cazador es borrada por el viento que arrastra otro papel impreso en los colores brillantes de la blasfemia:

*Muchas mujeres jóvenes disfrutan poniéndole el condón a su pareja. Otras, en cambio, dicen no estar muy seguras de querer tocar "esa cosa". Este grupo se beneficiaría, junto con sus parejas, de tener condones esparcidos por la habitación para tocarlos y sentirlos.*

Comprende entonces que este mundo al que regresa poco tiene que ver con aquel al que renunció tantos años atrás; un mundo donde Madonna era la madre de Nuestro Señor y no una cantante que hizo millones con su impudicia de discoteca y su desgraciada voz.

—Soy un extranjero universal —piensa—. Un hombre que se mueve tanteando las paredes. Soy aquel que, casi con regocijo, pisará todos y cada uno de los charcos que cubren estas calles santas porque ¿cómo y qué era un charco? ¿era un charco ese animal que ladraba a la luna allá lejos en Florencia mientras yo, joven, impío, aliviaba mi carne condenando mi alma con cada furiosa pulseada con mi sexo enhiesto como un estandarte que se apresta a la batalla y, después, al arrepentimiento y al bálsamo de la penitencia? De nada sirvió nada y aquí estoy otra vez, como al principio de los tiempos, cuando el verbo era verbo y, eso me dicen, el verbo era él.

Algo por el estilo.

Y es en ese mismo instante que un humilde turista sufre lo que los psiquiatras romanos no vacilan en definir como "síndrome de despersonalización del viajero": el hombre se lanza contra alguna bendita escultura y le obsequia furiosos y apasionados martillazos. Llora y grita y es rápidamente reducido por los guardias mientras un japonés no deja de sacar fotos.

El cazador de santos juguetea con la idea de detenerse junto al desquiciado y demorar así la marea de esta historia.

Quizo cantar entonces. Quizo sentirse parte de una trama que, seguro, iba a terminar bien. Quizo llegar vivo a los títulos finales y abrió la boca para recitar la antífona *Propitious esto, Domine*. El poderoso graznido colmó la acústica de la mañana y varios turistas provenientes de Aguas Calientes, México, lo miraron fijo con pupilas de Santísima Inquisición. Pero qué podían saber ellos, cómo iban a reconocerlo con semejante facha. Vestía uno de esos trajes que parecen cortados en la tela de la inocurrencia para convertir en ser anónimo hasta al más portentoso individuo. Se alejó de ellos dando exageradas, largas zancadas. Hacía tiempo que no usaba pantalones y se sentía entre desnudo y asfixiado. Por eso se apresuró en cruzar la Piazza San Pedro y las barracas de la Guardia Suiza y las barracas de la Gendarmería y por fin abandonó la Vía di Porta Angelica y su pasado se cerró como una puerta que iba a costar volver a abrir mientras Pater Nosters caían sobre su cabeza impía como lluvia negra, como petróleo rebotando desde los abismos del planeta.

Recordó entonces el trueno en la voz del cardinale Tominno, el eco del mármol sobre mármol, su voz —un hilo de palabras genuflexas—, y sus pasos exageradamente lentos como si así pudiera disfrazarse la huída.

Pero antes de que el cazador de santos desaparezca, he aquí el momento que me interesa preservar: nuestro protagonista ignora la presencia de Giulio Batelonni, fotógrafo oficial del Vaticano. Batelonni es el encargado, año tras año, de sacar la foto para la Postal Oficial Vaticana, la sublime vista de la plaza toda con catedral al fondo de los tiempos. Batelonni se autoflagela con puntualidad cristiana. Batelonn sueña noche por medio que es canonizado, sueña con convertirse en el santo patrono de los fotógrafos. Le gusta sacar fotos de nubes.

Lo que ocurre entonces es que el cazador de santos pasa frente a Batelonni, las manos hundidas hasta la mismísima raíz de los bolsillos, la profesional mirada mártir: pupilas siempre hacia arriba, ojos de estampita consagrada.

Ahí va, atraviesa el campo de visión de la vieja y eficaz cámara de Giulio Batelonni y, justo en el momento en que cruza sin pasaporte los límites de la postal, el fotógrafo presiona el botón del disparador y ¿de quién es esa pierna suspendida a varios centímetros del piso que atraviesa la santísima postal? Imposible saberlo. Ninguno de los millones de turistas que fatiguen los bordes de esta postal con tintas tristes y tintas alegres sabrá la verdad. Es más, ni siquiera intuirán la presencia de una verdad atendible. Sólo el cazador de santos conoce el material, el género con que se confecciona el milagro pero, claro, él ya no está ahí para explicarlo, él ya se ha ido.

Compré varias de esas postales.

Aquí tengo algunas.

Miren.

Rodrigo Fresán nació con una costilla de más en 1963 y practica el periodismo desde 1985. En 1975 se fue a Venezuela a disfrutar el exilio de rigor junto con su familia. En 1979 todo su expediente se perdió —gracias a un burocrático trámite de equivalencias— en el Ministerio de Educación, por lo que hoy cuenta, orgulloso, sólo con el 5to. grado de educación primaria aprobado. En 1981 cumplió dieciocho años. En 1986 supo que Claudia Gallegos era la mujer de su vida. En 1990 se deprimió cuando dejaron de dar "Historia del crimen" y "Treinta y pico". En 1991 vio en vivo a Bob Dylan y publicó "Historia argentina", su primer libro de ficción. En 1992 se encuentra abocado a la escritura de "Vidas de los santos", del cual **Verano/12** ya adelantó un fragmento bajo el nombre de "El ascenso a los infiernos". En 1993 escribió una novela —"El héroe secreto"— acerca de un argentino que conoce a Francis Scott Fitzgerald. En 1994 publica un libro de /generacional y ligeramente autobiográfico bajo el nombre de "Diez Veinte Treinta" (continuará...).





isis constituyen un
debate por señas".
ector de proyectos en
l Ford fue también
ntroducción a la
ofía y Letras y el primer
r elecciones en la
s de la Comunicación,
e enseña. A
blican dos textos
il pozo de la noche"
año durante la guerra
a del Delta. "La
agmento del relato que
n libro en preparación.

# LA OXIDACION

La 4 x 4, tal vez una Bronco o una Ram, volaba hacia arriba, planeando un lomo de burro, brillante en sus cromados, sus franjas de fuego, su repertorio de buscahuellas, sus cuatro pantaneras. La imagen, dibujada con cuidado en la parte posterior del ómnibus, se me presentó en medio del sopor y los chuchos de la fiebre. Un ómnibus viejo y trajinado.

Atrás, sentía el transcurrir del río La Leona, que venía con furia, como todo río patagónico, en su bajada del Lago Viedma al Argentino. La habitación del puesto, de maderas blancas y fregadas, austera, devolvía la luz tenue, levemente irregular, del farol de kerosene. Yo tenía ahí, ese ahí mío, fija, la imagen mental de la doble tracción fileteada con precisión en el ómnibus en el momento en que éste arrancaba, quemando aceite, entre las barracas de madera que habían servido de vivienda a los obreros que construyeron el Canal de Panamá y sobre las cuales pocos días después caerían las bombas de la invasión norteamericana. En la mayoría de los ómnibus el fileteado de la parte trasera, ahí donde estaba dibujada la cuatro por cuatro, era ocupado por vírgenes negras o blancas, por santos panameños no siempre reconocibles por mí. Pero no eran pocos los casos en que éstos habían sido reemplazados por vehículos especiales, como esos hot-roads que levantan más de doscientos kilómetros por hora en un cuarto de milla.

Pero lo que se me apareció en la mente fue esa 4 x 4, que comenzaba a irse entre las barracas, mientras desde la habitación contigua se oía, con interferencias, una radio chilena. Como un murmullo quebrado. Media hora antes, el puestero, Bermúdez, había preparado una sopa en la cocina económica, cargada de cordero y ají molido.

—Tome —me dijo con cierta dificultad—, esto le va a sacar el frío y lo va a hacer transpirar. El hombre no era muy fluido en el diálogo. Se pasaba solo nueve meses en el puesto, gran parte de ese tiempo bloqueado por la nieve. No era fácil hablar con él: ni sobre esos nueve meses que la pasaba solo, ni sobre las razones que lo habían llevado a ese lugar, que —obviamente— había elegido. Tampoco quiso preguntarle por qué tenía ese afiche de Evita arriba de la cama, ni quiénes eran la mujer y dos chicas que estaban con él en esa foto amarronada, de fotógrafo de plaza, clavada al lado del afiche. Atrás se veía el mausoleo de Rivadavia. Eso que me hizo recordar la Plaza Once de mi infancia, los galpones, las empanadas que quemaban, jugosas, a la salida del Armonía, la piojera, ya en el ocaso. O después del cine Once o del Alba, construcciones modernas que modificaron la imaginación del barrio. O la plaza rodeada de cosacos y gases lacrimógenos el 1° de mayo de 1969. Es increíble todo lo que hay de uno en una foto que se sacó otro, buscando fijar algún momento o situación de su vida. Con todo, el tiempo también quema las fotos. Mejor dicho: la oxidación.

Por eso cuando vino a la habitación y se quedó en el marco de la puerta, con el perro al lado, sin decir nada, yo lo miré, desde el sopor de la fiebre y también me quedé en silencio, estudiándolo. El le acarició la cabeza al perro, mirando hacia abajo. A mí se me cruzaba su imagen, la del perro, por momentos fugaces bajo la luz del kerosene, con esa 4 x 4 que volaba en el aire mientras el ómnibus se perdía entre las barracas de madera, azules y rojas. Hubo un momento en que hasta traté de reconstruir cómo el pintor había dibujado, con precisión de falsificador, el malacate o las pantaneras. ¿Las bombas también habrían destruido ese ómnibus? ¿Por qué hubo un momento en que ese ómnibus se me presentó con la imagen en blanco y negro del troley destruido por el bombardeo de junio de 1955 en la Plaza de Mayo?

A pesar de la fiebre, lo estudié con precaución. Un rato antes lo había oído caminar por las habitaciones vacías abriendo y cerrando armarios, como si estuviese buscando algo. Percibí, en ese abrir y cerrar, cierta ansiedad.

Ahora el hombre estaba ahí, tímido, acariciándole la cabeza al perro, como si estuviese pidiendo ayuda, aunque esto último bien puede ser sólo una interpretación mía.

Entonces pensé que yo tenía, o debía, arrancar con el diálogo, aunque las palabras suelan ser poca cosa en esas situaciones. Tal vez hubiera bastado con que le dijera: "Bueno, amigo..., muy buena la sopa...; gracias". Pero pensé en el ómnibus, en la cuatro por cuatro, en la plaza, en las barracas destruidas por las bombas y le dije:

—Dígame, ¿se puede saber para qué mierda tiene ahí colgadas esa foto de Evita y esa otra de la Plaza Once? —Detrás de la opacidad de la mirada del hombre me pareció percibir cierta tristeza. Casi palpando cada sílaba, me contestó:

—Son ...historias..., no sé cómo decirle...

—¿Historias de qué?

—Cosas ...que pasaron..., que quedaron ahí.

—Lo que pasó... es ceniza —le contesté. No sé de dónde me salió tremenda idiotez, pero a veces se me da por hacer literatura, comparaciones. Pero uno dice las cosas y cuando se da cuenta ya es tarde. Porque ahí el hombre endureció la mirada. Fue apenas un chispazo, pero lo percibí, y esto me produjo la misma sensación de cuidado, de levantar la guardia, que había sentido al oírlo abrir y cerrar los armarios.

—Durante casi nueve meses vivo bloqueado..., si necesito algo tengo que hacer señales de humo...

—¿Con quién está en la Plaza Once?... La reconocí por el mausoleo. Siempre me molestó ese mausoleo, sucio y oscuro, metido en el medio de la plaza... —El hombre asintió pero siguió por otro lado.

—Hablo con el perro..., escucho el río, la radio. El río hace diferentes ruidos. En cambio, el viento... Por los ruidos del agua puedo saber qué pasa allá arriba...; el deshielo... me anuncia cosas..., cambios..., a veces no sé si tengo ganas de que se abran los caminos...

—¿Me escuchó lo que le pregunté?

—Sí..., pero eso ya no importa, ni para usted... ni para mí... Estas fotos quedaron ahí... no sé si sacarlas... Hay cosas que hay que dejar que pasen, que se resuelvan solas... Puede ser que un día las arranque y las queme... puede ser que me las lleve cuando me vaya, o que las deje para los que vengan... Si hay gente que sigue usando los recuerdos de los otros... —Ahí se detuvo un momento y después me encaró—: Dígame: ¿a usted nunca le usaron los recuerdos? —después bajó la vista y acarició al perro. Este lo miró, jadeante.

Yo soy jodido. Iba a contestarle, pero no sé si fue porque estaba sorprendido de que el hombre se largara un párrafo tan largo, o por su forma de divagar, o por el perro o por la soledad, que se me vino a la mente un cuentito de fogón.

(Resulta que estaban unos cuantos gauchos haciendo rueda junto al fuego y contando cuentos, mientras un viejito les cebaba mate. Y el tema que se les había ocurrido era medio escabroso. Esos gauchos habían encarado el asunto de la sodomía. Entonces uno contaba cómo la tenía la ovejita, el otro la chanchita, el otro la yegüita. Hasta hubo uno, venido del Norte, que habló, con lujo de detalles, de la vicuña. Y así. El viejito seguía cebando mate en silencio, escuchando. Entonces cuando a los otros se les acabó el repertorio dijo, medio sentencioso y con voz finita:

—Dirán lo que dirán, pero culo seco y apretado como el del perro no hay.)

El hombre me volvió a mirar, tímido. Estaba ahí, no tengo claro qué quiere decir ahí, esperando mi respuesta.

—Sí —le dije—, no sólo me quisieron robar los recuerdos..., también quisieron imponerme recuerdos que no eran míos...,otras memorias... Uno se resiste, pero también se confunde... —No sé cómo me habrá interpretado el hombre, porque esto que le contesté, que es realmente trágico, se lo dije sonriente a raíz del cuentito que se me había cruzado por la cabeza. Lo cierto es que se quedó pensando, como resolviendo este choque entre mi contestación y mi mirada. Supongo que no le gustó, porque sin decir nada se volvió a la cocina, cosa que según tengo entendido es la mejor forma de resolver estas situaciones. Yo me sumergí, me encerré en la fiebre, sin preguntarme nada, y de nuevo se me apareció la doble tracción que adornaba la parte trasera del ómnibus que se perdía, quemando aceite, entre las barracas. ¡Con qué amor la había dibujado el fileteador! Ahí debo haberme quedado dormido hasta pasada la medianoche. Fue entonces que me despertó ese terrible resplandor, enceguecedor, que entraba por la ventana del puesto.

*(fragmento)*

# EL LOCO DE LOS MEDANOS
## 4. Mito de guano

*Por Guillermo Saccomanno*

Ese gringo estaba loco, sospechaban los paisanos. Les mandaba subir los médanos y echar agua en los almácigos con una regadera de mano. Lo habían visto sembrar y proteger las plantas bajo chaparrones que ninguno hubiera desafiado. Lo habían visto desnudarse al sol y quedarse parado frente al mar, durante horas, comprobando en su misma piel cómo lastimaban el viento y la arena los tallos y las hojas. Lo habían visto hacer esas y muchas otras cosas. A los locos no había que llevarles la contra. Y además el loco pagaba mejor que otros estancieros, como Guerrero, el de Pinamar. Al loco, entre ellos lo llamaban "el loco de los médanos". Pero a él le decían Don Carlos.

"Usted está loco", le había dicho Bodensheim, el ingeniero agrónomo que había reclutado en los mares del Norte. "Aquí no crecerá nada", le dijo. Y hundió su mano en la arena y la tiró al viento. "Nada", le dijo. Y se marchó. El señor Gesell se había separado de la sociedad con su hermano. Y también de su mujer. Y ahora se encontraba solo, en los médanos, gastándose en semillas y herramientas la parte que había sacado de la división del negocio. Le costaba admitir que se había equivocado. Hasta la Biblia aconsejaba no levantar una casa en la arena. Pero él no creía en la Biblia. Sus evangelios eran las enciclopedias y los manuales, que no lo consolaban mucho ahora que había caído en la angustia y la desesperación. Se sentía enfermo. Y se encerraba en la casa y permanecía acostado en la oscuridad. Cuando uno se enfermaba, ni médicos ni remedios. Había que hacer como los animales. Guardarse hasta la recuperación. Pensaba en Guerrero, en cómo seguía forestando. Para Guerrero era fácil. Tenía escuadras de peones. Y avanzaba sobre la arena desde la tierra. El señor Gesell, en cambio, había comprado únicamente arena.

El señor Gesell no bebía ni fumaba ni jugaba. Era naturista, tenía rachas de vegetarianismo y pensaba que la voluntad y la razón —lo que él entendía por razón— eran las herramientas apropiadas para salir a flote. Sin embargo, mientras caminaba por los médanos con la vista nublada por el calor y las lágrimas, derrotado, le pareció escuchar que alguien le hablaba. Se limpió los ojos y miró alrededor. Estaba solo. Y escuchaba una voz. Le era imposible distiguir qué decía. De golpe, interpretó que esa voz era una señal. "La Adesmia Incana es una planta de difícil hallazgo y en ese desierto había poco para apostar", iba a contar más tarde Gesell el Viejo. "Había determinado con todo mi corazón encontrar una antes de dar doscientos pasos." Si así sucedía, el hallazgo sería la señal de que debía continuar su obra. "Contando maquinalmente subí un médano, descendí una ladera empinada. Pocos pasos antes de lo establecido como límite, una Adesmia Incana me estaba esperando."

Poco tiempo después el señor Gesell viajaba a Buenos Aires y volvía con Emilia, su amante. Y también con dos de sus hijos más chicos, Bubi y Rosemarie. Emilia tenía un año más que él, cuarenta y siete. Bubi, catorce. Y Rosemarie, once. Emilia era una mujer de cierta belleza, acostumbrada a vestirse según la moda de las grandes tiendas de Buenos Aires y a tomar el té en Harrod's. No obstante, intentó adaptarse a la nueva situación. Pero los chicos no se llevaban bien con ella. Al señor Gesell no parecía importarle. Ahora, como se lo había sugerido un agrimensor noruego, su plan forestal podía llegar a convertirse en un futuro balneario. Los pinos, álamos, eucaliptus y acacias iban creciendo. Y mientras trazaba una división de la arena en lotes, sus chicos, enfrentados a Emilia, se escaparon. Los alcanzó con su Chrysler, camino a Juancho. Y al día siguiente se los llevó a Buenos Aires y los metió pupilos en un colegio alemán.

Al principio le había puesto a su propiedad Parque Idaho, como su segundo nombre, que homenajeaba a su tío de América. Ahora, prefirió rebautizarla Villa Silvio Gesell. Y en 1942, cuando los diarios se ocupaban solamente de la guerra, publicó en *La Prensa* ofreciendo el alquiler de una casa frente al mar. Se llamaba La Golondrina y era la única construcción además de su propia casa y los galpones de mantenimiento.

Y a partir de aquel aviso todo empezó a cambiar para el señor Gesell, definitivamente compenetrado en el papel de Don Carlos, el fundador. Y la existencia secreta de su villa empezó a difundirse en la comunidad alemana en el país, por entonces con sus propiedades expropiadas a causa de la guerra. "Querían olvidar", me dicen. "Y al llegar acá se encontraban con Don Carlos", me dicen. "Como si se pudiera huir del pasado", me dicen. Suizos, alemanes, austríacos, centroeuropeos", me dicen. "Seguro que algún nazi vino", me dicen. "Y al venir, reprodujeron aquello que habían perdido o nunca habían tenido", me dicen. "A Don Carlos no le importaba la política", me dicen. "Los recibía sin hacer preguntas", me dicen. "Lo importante era que se sumaran a su proyecto", me dicen. "El los moldeaba", me dicen. "Pero ellos, a su vez, lo transformaban a él", me dicen. "Y contribuían al mito", me dicen. "El viejo era zorro", me dicen. "Y alimentó el mito", me dicen.

Algunos, como Heinrich Lömpel, no congeniaban con Don Carlos. Tenía más de sesenta años, era arquitecto, escultor, dibujante. Había hecho obras importantes como el Palacio de Justicia de Münich, el Salón de Festivales de Frankfurt y la Sinagoga de Augsburg. Había emigrado a la Argentina en 1923. Había construido cascos de estancia, fábricas y edificios. Y su hermano ingeniero, que trabajaba con Don Carlos, lo atrajo a la villa, donde en su primer tiempo vivió bajo un tinglado. Para fin de año , Lömpel dibujaba unas postales para enviar a sus amigos. Y en sus imágenes se destacaba una vieja huesuda y desdentada que representaba la muerte, la destrucción, la guerra. Lömpel era un artista. Y no podía serle simpático a Don Carlos, ese lector de enciclopedias y manuales.

"Fin de marzo. Planté 200 pinos marítimos alrededor de la casa, abonando con guano. Se secaron todos. Atribuyo la pérdida a ser plantados demasiado temprano y a la acción del guano que habría quemado las raíces." El señor Gesell, Don Carlos, mojaba la pluma cucharita en la tinta azul oscura y subrayaba: "secaron, quemado". En sus cuadernos consignaba el invento de un cilindro de cartón embreado que reemplazaría las macetas de barro de los viveros. Y el descubrimiento que significaba la mezcla de tierra colorada y arena fina, apta para cimentar las calles de su villa. "Se divide el Monte Bubi en cuadrados con pastos sin raíces, así el Monte Rosa. Se siembra centeno, alfalfa, melilotus, pino marítimo, acacia blanca y pastos varios, todo mezclado con partes iguales de guano." En sus cuadernos no tenían cabida las emociones. Sin embargo, ese hombre de más de cincuenta años, medio calvo y con el pelo y la barba blancos, curtido y vigoroso, ajeno a todo lo que no fuera la construcción de este pueblo a su imagen y semejanza, le puso al monte el nombre de su hijo predilecto. Pensaba y bebía un sorbo del vaso. Vinagre de manzana diluido con agua y miel. Un remedio infalible contra la artrosis, que también prolongaba la vida. A Bubi habría de recuperarlo una vez que fue a Buenos Aires, cuando lo encontró por Diagonal Norte. Mejor dicho, el hijo lo encontró al padre. Fue el hijo el que vio al padre esa tarde de verano, en el centro, entre la gente. Estaba hecho un hombre. Estudiaba matricería y tornería. Después de tanto, se reconciliaron. Y Don Carlos se lo trajo con él a la villa. Pero a Bubi no le gustaba el vinagre de manzana con agua y miel. Y según dicen en el pueblo, habría de morir después que su padre, en invierno, una noche, alcoholizado, a la intemperie.

JUEGOS

## CRUCIGRAMA
### Los fiordos y el hielo

"

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | 2 | 3 | ■ | 4 | 5 | 2 | 6 | 7 D | 2 | 3 |
| ■ | 3 | 2 | 8 | ■ | 9 V | 10 | 1 | 1 | 11 | 3 |
| ■ | 12 G | 1 | 10 | 13 C | 5 | 10 | 6 | 11 | 3 | ■ |
| 14 | 15 | 11 | ■ | 11 | 1 | ■ | 16 | 10 | 6 | ■ |
| 2 | 13 | 15 | 17 | 2 | ■ | 10 | 1 | ■ | 4 | 15 |
| 8 | 7 | 5 | 6 | 3 | 11 | ■ | 1 | 2 | 3 | ■ |
| 18 | 5 | 11 | 1 | 2 | 3 | ■ | 3 | 2 | 8 | ■ |
| 16 | 15 | 19 | ■ | 17 | 6 | 2 | 4 | 15 | 8 | 7 |
| 2 | 3 | ■ | 19 | ■ | 7 | 11 | ■ | 2 | 6 | 5 |
| 1 | 1 | 10 | 3 | ■ | 11 | 3 | 13 | 10 | 6 | 17 |
| 10 | 7 | 10 | 3 | ■ | ■ | ■ | ■ | ■ | ■ | ■ |

"

| A | ■ | C | D | E | F | G | H | I | ■ | ■ | L | M | N | ■ | O | P | Q | R | S | ■ | U | V | ■ | ■ | Y | ■ |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | ■ | 13 | 7 | | | 12 | | | ■ | ■ | | | | ■ | | | | | | ■ | | 9 | ■ | ■ | | ■ |

*Complete el esquema sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. Al terminar se formará un párrafo informativo sobre el tema del título. Guíese con el cuadro inferior, donde sólo están las letras usadas.*

## ENIGMA

Los lapones son un pueblo nómade del Círculo Polar Artico que migran tras sus rebaños de renos. Viajan en "sitas" o grupos de familias. Veamos cómo se compone cada uno de estos matrimonios, cuál es la ocupación de cada esposa, y qué compró ésta después de vender sus labores.

1. Cuando viajan hacia el norte, los esposos de las bordadoras y tejedoras vigilan los renos mientras que Birger, Gorm y Harald preparan los trineos.
2. Gustav, Harald y Olao se ocupan de descargar los bultos y los maridos de Erika y Teodorica de armar las tiendas.
3. Las esposas de Birger, Gustav y Harald tallan, tejen y cosen cueros, aunque no necesariamente en ese orden. Teodorica, mientras tanto, pesca.
4. Al llegar el invierno regresan al sur. Las mujeres venden sus labores y hacen compras: las que compraron botas y pieles elogiaron las compras de Sifgrida, Ulrica y Teodorica.
5. Teodorica y Ulrica envidian las dotes comerciales de las esposas de Birger y Harald y de la que compró el cinto.
6. Las tres hábiles comerciantes (Inga, la esposa de Olao y la que compró las pieles), estaban radiantes por sus ventas.
7. La esposa de Gorm compró el chal, pero la talladora no compró las botas.

| | | ESPOSO | | | | | OCUPACION | | | | | COMPRAS | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Birger | Gorm | Gustav | Harald | Olao | Borda | Cose | Pesca | Talla | Teje | Bonete | Botas | Cinto | Chal | Pieles |
| ESPOSA | Erika | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Inga | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Sigfrida | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Teodorica | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Ulrica | | | | | | | | | | | | | | | |
| COMPRAS | Bonete | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Botas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Cinto | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Chal | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Pieles | | | | | | | | | | | | | | | |
| OCUPACION | Borda | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Cose | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Pesca | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Talla | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Teje | | | | | | | | | | | | | | | |

## SOLUCIONES

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| L | O | S | ■ | F | I | O | R | D | O | S |
| ■ | S | O | N | ■ | V | A | L | L | E | S |
| ■ | G | L | A | C | I | A | R | E | S | ■ |
| Q | U | E | ■ | E | L | ■ | M | A | R | ■ |
| O | C | U | P | O | ■ | A | L | ■ | F | U |
| N | D | I | R | S | E | ■ | L | O | S | ■ |
| H | I | E | L | O | S | ■ | S | O | N | ■ |
| M | U | Y | ■ | P | R | O | F | U | N | D |
| O | S | ■ | Y | ■ | D | E | ■ | O | R | I |
| L | L | A | S | ■ | E | S | C | A | R | P |
| A | D | A | S | ■ | ■ | ■ | ■ | ■ | ■ | ■ |

**7982**

Erika, Birger, talla, pieles.
Inga, Harald, cose, botas.
Sifrida, Olao, borda, cinto
Teodorica, Gorm, pesca, chal.
Ulrica, Gustav, teje, bonete.


